



Una chica cual no hay dos,
bella, graciosa y locuela,
que, sin llamarse Manuela,
tiene la gracia de Dios.

GRAN NEGOCIO

Porque me intereso por mis lectores, voy á ponerles al tanto de un morrocotudo negocio.

Divídese éste en las partes siguientes:

Primera: desabrocharse al público con una zapatería de título rimbombante á la par que marítimo: «El Tritón rabioso» (verbi).

Segunda: Además de los oficiales de zapatero, maestro cortador y ribeteadoras, hay que agenciarse un diputado que mire por la casa en la forma y manera que más adelante se detallará.



Tercera: El primer piso de la zapatería se amueblará y decorará á manera de fonda.

Estas son las principales partes de que consta el negocio.

Lo demás es cuestión de detalle.

— Eso sí, el negocio es de los de barba de pavo.

Si pudiera llevarle á efecto... Pero hay que adelantar bastante guita. Yo no la tengo y por eso recorro á ustedes, por si quieren explotarlo por acciones.

¡Ah! Se me olvidaba otra cosa muy importante: es preciso tener la cara blindada y á prueba de insultos de las gentes honradas.

Ustedes harán lo que gusten, pero yo pondría la zapatería-fonda lejos de Madrid; allá, por el Norte. El diputado por la zapatería conviene sea hermano, sobrino ó cuñado del dueño del establecimiento y además que tenga un crecido tanto por ciento en el negocio. Hay que fabricar este diputado conservador, fusionista ó cualquier cosa, aun á costa de cincuenta ó sesenta mil duros, reembolsables, por supuesto.



Con estos elementos se construye un zapato con suelas claveteadas.

Se tiran á la lito-foto-zinco-galva-oleografía unas invitaciones adornadas con tritones, nereidas, sirenas encantadoras y mariscos.

Se mandan á los periódicos serios, á las personas de viso y á cuantos pudieran enredar el cotarro, poniendo por nota que tienen á su disposición elegantes y confortables habitaciones gratis en el primer piso de la zapatería, y la mesa puesta á todas horas.

Se bota al agua el zapato con la solemnidad que el caso requiere y el bondadoso público,

que se traga las noticias de la prensa seria como rosquillas, se engulle que acaba de adquirir el Estado un hermoso casco de Caza-torpedos para la Marina.

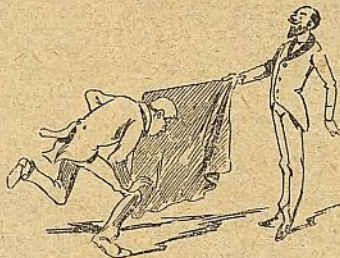


Las tachuelas se convierten en pernos y remaches de acero endurecido; las tapas en corazas de acero endurecido de cuatro metros de espesor; el engrudo en espesa capa de amianto que rodea las calderas; los puntos de calzado en *eslora*; la anchura de juanete, en *manga*; y el empeine en *puntal*.

De condiciones marineras no hay que hablar tratándose de la Zapatería-Fonda «El Tritón rabioso.»

De este modo, creo yo, se podría cobrar una millonada por lo que sólo vale catorce pesetas.

¿Que hay quien protesta y el negocio se va á pique? Aquí del diputado por Villapuerca, pariente del Maestro de zapatero. Aquí de su habilidad, trasteo, cova, quinqué, pestaña, tacto, pupila, gramática parda, trastienda, pali-que y zara-gátibus tuis.



Y vamos viviendo,

Este es el negocio tal y como yo lo entreveo, sin que, cuanto llevo dicho, quiera decir que fuera realizable en absoluto ni mucho menos.

Lo que sí es un hecho, hoy por hoy, es que ninguna Empresa que estime sus intereses puede pasar sin un diputado que actúe de Mascota, y no tardaremos mucho en recibir targetas en esta forma.

DIMAS UÑATE DE RUFIAÑEZ.

Diputado por la fábrica de fideos de los señores Viuda é hijos de Tapioca.

El Congreso llegará, por este camino, á convertirse en una reunión de viajantes con las muestras bajo el brazo.

Volviendo á los zapatos; quien quiera entrar en el negocio, que avise.

Yo ya he construido mi zapato con este articulejo.

Al que le venga justo que se lo ponga.



MELITÓN GONZALEZ

RAREZAS.



Para costumbres raras y peregrinas,
nadie como Benito Guardamalleta,
hijo de un fabricante de papalinas,
que nació el mismo día que Iturzaeta.

Se daba en las narices baños de asiento,
evitando á su sangre perturbaciones,
sin tomar muchos días más alimento
que tintura de iodo con chicharrones.

Las lombrices le hicieron mil jugarretas
por comer caramelos en demasía,
y se gastó en colirios muchas pesetas
para curarse el asma que padecía.

Tuvo viruelas locas siendo teniente,
y adquirió la costumbre (bien poco sana,) —
de almorzar por la noche generalmente
y cenar á las ocho de la mañana.

Cuando en días lluviosos tomaba un coche,
le costaba al cochero su vida entera;

pero no se acostaba ninguna noche
sin pegar cuatro azotes á la portera.

Se ponía las botas primeramente
y después se ponía los calcetines,
y se untaba las cejas con aguardiente
para alternar con chulos y matachines.

Se metía en el baño con sobrefalda
y á cazar codornices iba Benito
con el perro colgado sobre la espalda
y el morral arrastrando de un cordelito.

Para evitar que el fuego de sus pasiones
estallase á la vista de unas enaguas,
se pegaba pellizcos en los talones
al compás de la polka de los paraguas.

¡Bien lo dicen en Cádiz y en Filipinas,
y en París, y en Gelafe y en Oroquieta:
para costumbres raras y peregrinas,
nadie como Benito Guardamalleta!

JUAN PEREZ ZÚÑIGA.

HISTORIA DE UN BOTÓN

(CONTADA POR ÉL)

¿Quereis saber quién fui yo?
Recuerdo perfectamente
que fui un hueso de un valiente
destrozado en Vaterlöö,
y pasado el infernal
estruendo de la metralla,
en el campo de batalla
me recogió un industrial,
quien, mirando los montones
de huesos abandonados,
dijo:—¡Huesos de soldados!
¡Sirven para hacer botones!

En vista de tal razón,
que es una razón de peso,
yo, que entonces era un hueso,
me vi trocado en botón;
y, sin quejarine, sufrí
transformación tan completa,
y de chaqueta en chaqueta,
de abrigo en abrigo fui.

Estuve en Berna, en Hamburgo,
en Roma, en Calcuta, en Yedo,
en Nápoles, en Toledo,
en Metz y en San Petersburgo.

Rodando de esta manera,
caí en un charco en Tolón;
viendo en el charco un botón
fué á recogerlo un gatera.

En manos de muchos dueños
en poco tiempo me vi;
¡cuántos gabanes corrí!...
¡y cuántas cazas de empeños!

Mas, al fin, una mañana
un tendero en Zaragoza
quiso venderme á una moza,
modista zaragozana,

quien después me colocó
en un corpiño elegante,
y otra mujer arrogante
aquel corpiño compró.

Puesto sobre su corsé,
sentí palpar su pecho,
y ya por ella maltrecho
y enamorado quedé.

¡Era tan dichoso yo
sobre el pecho de la hermosa!...
Pero una mano nerviosa
de su pecho me arrancó.

Quise resistir en vano
y no dejarme arrancar,
pero ¿cómo va á luchar
un botón con una mano?...

Mi nuevo dueño un destino
menos dichoso me dió;
era sastre, y me cosió
al frac de un sietemesino.

¡Señor! Yo, que á un valeroso
soldado pertenezco
¿cómo he de seguir aquí,
cosido al frac de un gomoso?

RICARDO J. CATARINEU

UN DÍA DESGRACIADO



En la misma escalera de su casa, ya pudo ver Juan lo desgraciado que iba á ser aquel día.



Y la verdad es que hay días que ¡ya, ya!...



¡Nada, y que no sirve darle vueltas!



Porque lo que está escrito se cumple.

, POR MECACHIS.



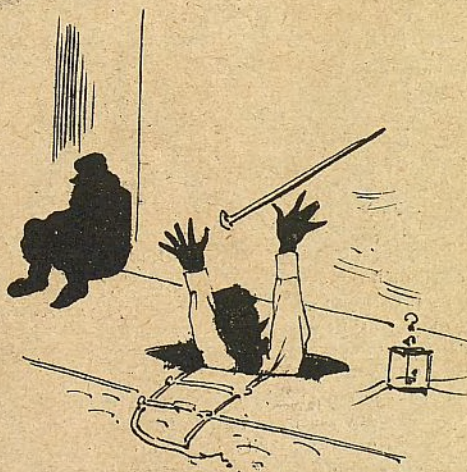
Y cuando el día está de desgracia...



es que lo está



¡y tanto que lo está!



Como que por eso es lo que se llama un día aciago.

EL MUSICO MAYOR. (1)

Cuando su amigo le el ordenanza del periódico de enfrente le dijo á Jeromiño si quería aprovechar la localidad para que no se perdiera, pensó volverse loco de júbilo. ¡Cómo!... ¡Ir al teatro, al teatro del que tantas maravillas le contaban y que aún no conocía!... ¡Y de balde! ¡Pues no había de querer, si no anhelaba otra cosa desde que vivía en la Corte!.. Pero él se acordaba muy bien de la advertencia de que no malgastara, que entre beso y pechugazo le hizo su madre, al partirse el zamacuco del país seis meses antes, y por nada en el mundo hubiera sisado un solo real para una diversión, de los diez duros de ahorro que guardaba en el riconcejo más signorado del baul. ¡Digo!... ¡Cualquier día se gastaba él lo que á fuerza de sudores ganaba exprimiendo las ubres de las reses en la vaquería á donde le enviaron á servir de la sierra! ¿Y en qué? ¡En lances que serían un primor, pero que se acababan y no le devolvían á uno el dinero que dió por verlos!.. ¡Imposible! Cada peseta que Jeromiño agregaba á su tesoro era una semana menos de Madrid, una zarpada más á la horrible ausencia, otro paso hácia el pueblecillo de sus sueños, que allá se escondía entre bosques de maizales y pinos en la costa, bañado mansamente por las rías bajas. Aquel billete lloviale, pues, del cielo á Jeromiño para satisfacer sus ansias sin mengua del caudal propio; y ardiendo de impaciencia, con el papel portador de la dicha en la mano, presentóse á su dueño, el roña del mozalbillo, en demanda de permiso para salir por la noche del establecimiento. Era el rapacín con sus juveniles veinte años formal de suyo y juicioso, y por tal muy bien quisto de su amo, que le concedió en seguida la venia solicitada, y como todo llega, se disfundió en las sombras el último resplandor de aquella tarde, de una tarde inacabable; en un

periquete despachó la ordeñadura de las seis; vistióse luego su traje de pana de los domingos y después de cenar, palpándose á menudo la chaqueta para convenirse de que llevaba el rojo billete, se fué el muchacho en derechura á la Zarzuela, tragándose las calles en cuatro zancadas, pateando por medio para adelantar más rápidamente y librándose por milagro de las embestidas de los carruajes, que acudían al espectáculo al trote de sus troncos, haciéndoles semejar en las tinieblas mónstruos informes, de cuerpo de foca

y ojos de lumbré, el estrépito de la rodadura, el brillar de las linternas y los chorros de vahó que de la nariz despedían los caballos, y que merced al frío, flotaban como una niebla blanca en la obscuridad de la noche.

Jeromiño llegó al vestíbulo del teatro, avistó á los revisadores de la puerta, y dirigiéndose á ellos les dijo con mucha cortesía, quitándose el sombrero y rasándose la pelambrera para disminuir la turbación que le atarazaba: «Se entra por aquí á dentro?» Los porteros le cortaron del billete la tira de rúbrica; contestáronle con cierto tono de zumbaba: pase usted; el muchacho penetró en el saloncillo de fumar, quedándose allí perplejo y sin saber por cual de las dos anchas escaleras tomaría, y, por fin, echó por la derecha, subiendo los suaves escalones de puntillas, pisando quedo, temeroso de que le oyeran, casi con miedo, titubeando en todos los descansos antes de continuar la marcha, hasta topar con el

ALEGORIA, POR MECACHIS



Bromas, bailes, disfraces, diversiones...
Bien dijo... no sé quien:
*¡Oh, Carnaval! por algo eres más corto:
¡porque eres el placer!*

acomodador del paraiso, que le condujo á su asiento, con tan bruscas maneras, que Jeromiño, á pesar de su timidez, estuvo tentado de arrimar un par de puñadas á aquel hombre en los propios moñetes.

La sala hallábase todavía á media luz; Jeromiño abrió cuanto pudo los párpados, quiso abarcar todo el patio de una ojeada y un tropel de reflejos le llenó de resplandores las pupilas. Un instante permaneció aton-

(x) Del libro *Los Gurriatos*, de cuya reciente aparición hemos dado cuenta.

tado, sin ver en fuerza de mirar, con las pestañas casi juntas, como para defenderse de aquella invasión de rayos, enchida la retina de cabrillos de oro y olas de colores, hundidos los ojos en un polvo luminoso que se los anublaba, dejándole distinguir únicamente las filas de mecheros de gas que brillaban como temblorosas estrellas, y que, atisbadas á través de un guiño, le pareció que estallaban en haces de chispas. Poco á poco se familiarizó con tal relampagueo, comenzó á enterarse de las cosas, fijóse en el tamaño del local, y, aturcido aún, murmuró el mozo: «¡qué grande es!...» Luego le entró comenón de contar las butacas y balbuceó, perdiendo el hilo: «¡cuántas sillas!...» Después, una nota aguda, que repercutió en el aire, le hizo dirigir la vista al escenario.

Los músicos se dirigían á sus asientos, entrando por una puertecilla abierta bajo las tablas. ¡Subirán de los sótanos! pensó Jeromiño al ver el tropel de hombres que el agujero escupía. Ocuparon los profesores sus sitios, desenfundaron los instrumentos y comenzaron á afiaarlos por el tono que el violín concertino les indicaba, moviendo una gran algarabía y sin cuidarse para nada de los oídos de los espectadores que empezaban á invadir el teatro. El metal de la orquesta, fanfarrón y altanero, lucía sus cilindros dorados entre las cajas modestas y obscuras del instrumental de cuerda y en medio de todos, descollando sobre sus compañeros, dos esbeltísimas arpas de primorosos mástiles parecían empuñarse para mirar por encima de la partitura del director, colocada sobre el atril de presidencia. ¡Qué de trompetas!... se dijo para su capote el muchacho sin quitar ojo á los cornetines, y reparando luego en los contrabajos, exclamó: ¡vaya unas guitarras morrocotudas! Por fin ocupó el director su butaca, se mesó los cabellos, extendió el brazo armado de la esbelta batuta, lo tuvo un instante en alto y bajándolo de pronto, se estremeció la orquesta, pasó por ella como una racha de tempestad que la electrizó de punta á punta, multitud de arcos, besando con sus cerdosos labios las cuerdas de los instrumentos, subieron á la vez con ondulación de juncos; agitóse el metal bullicioso, y como evocado por aquella varita mágica que describía signos cabalísticos en el aire, estalló un acorde inmenso que lanzó al espacio aluviones de notas, ensordeciendo con sus roncós sonidos fligles y contrabajos ganosos de supremacía, mientras las trompas daban tres ó cuatro notas secas para que los bajos menguasen y dejaran oír los lamentos de los violines y los suspiros de flautas y oboes, y los timbales y el bombo, símbolos de la fuerza y pretenciosos de ahogar el conjunto, atropellaban con sus parchazos y redobles aquel alud de sonoridades, que, vigorizado por nuevos motivos que se renovaban como manojos de chispas en el tema general de la overtura, aceleraba el compás y crecía, crecía hasta llegar al estruendo del terremoto.

El primer preludio de la orquesta produjo en Jeromiño una impresión terrible; diéronle los nervios una sacudida como si el acorde hubiese vibrado en su organismo, alargó el cuello para no perder detalle, arrugó la frente y se quedó mudo, extático, abrumado, con la boca abierta, sin atreverse á mover para no armar estrépito, con el corazón oprimido y la inteligencia confundida, sin saber lo que pensaba ni si pensaba algo, cosquilleándole en el pecho una cosa amarga y dulce á la vez que le subía, le subía hasta nublarle los ojos. El mismo no se dió cuenta de cómo aconteció aquello; cualquier nota, acaso la propia tensión de su espíritu, el exceso de sentimiento, le despertó la nostalgia que le

dormía en el alma; un tropel de recuerdos le asaltó la memoria, acordóse de su madre, de la novia y de la vaca; el teatro se le borró de la vista, dejó de distinguir el público, huyeron las luces de gas y... ¡Dios Santo!... ¡No era ilusión de sus sentidos! ¡No se equivocaba! ¡Allí! ¡Allí! ¡Detrás de aquel cortinaje grana, salpicado de borlas y flecos de oro que se descorría, apareció su pueblo, su pueblo del país, con sus techumbres de cañizo, sus huertos frondosos, sus espesas parrizas, sus maizales espléndidos, su alfombra de trébol, sus murallas de retorcidos robles!... Después el óboe moduló el cántico montañés; grave, melancólica, dulcísima sonó en la orquesta la mufieira indicada por las violas, duró lo que un suspiro, y murió en la masa sinfónica, respondiéndola en la escena el eco de la gaita, de la gaita de verdad que, turgente y hueca con su pellejo hinchado y en brazos del gaitero, asomó por las azules alturas del fondo, mientras mozas y mozos, con sus trajes de fiesta, invadían por atajos y veredas el escenario.

Jeromiño no pudo más. Obedeciendo á la atracción de aquel torrente de música, que tiraba de él con una fuerza irresistible, se fué empujando en su asiento hasta ponerse de pié derecho; le pareció de pronto que la gaita le gritaba desde la escena: ¡soy yo!, é incapaz de contenerse por más tiempo, erguido, pálido, trémulo, ahogado por los borbotones de entusiasmo que le corrían hacia el corazón por las venas, quiso hablar, alzó la cabeza; la figura del director de orquesta, describiendo invisibles triángulos, con la batuta, se le metió por los ojos, y considerando que con semejante palitroque había dado vida á todo aquello, á la vez que el instrumental iniciaba de repente un piano, gritó el chico con los ojos llenos de lágrimas y con una voz tremenda, que tableteó en toda la sala:

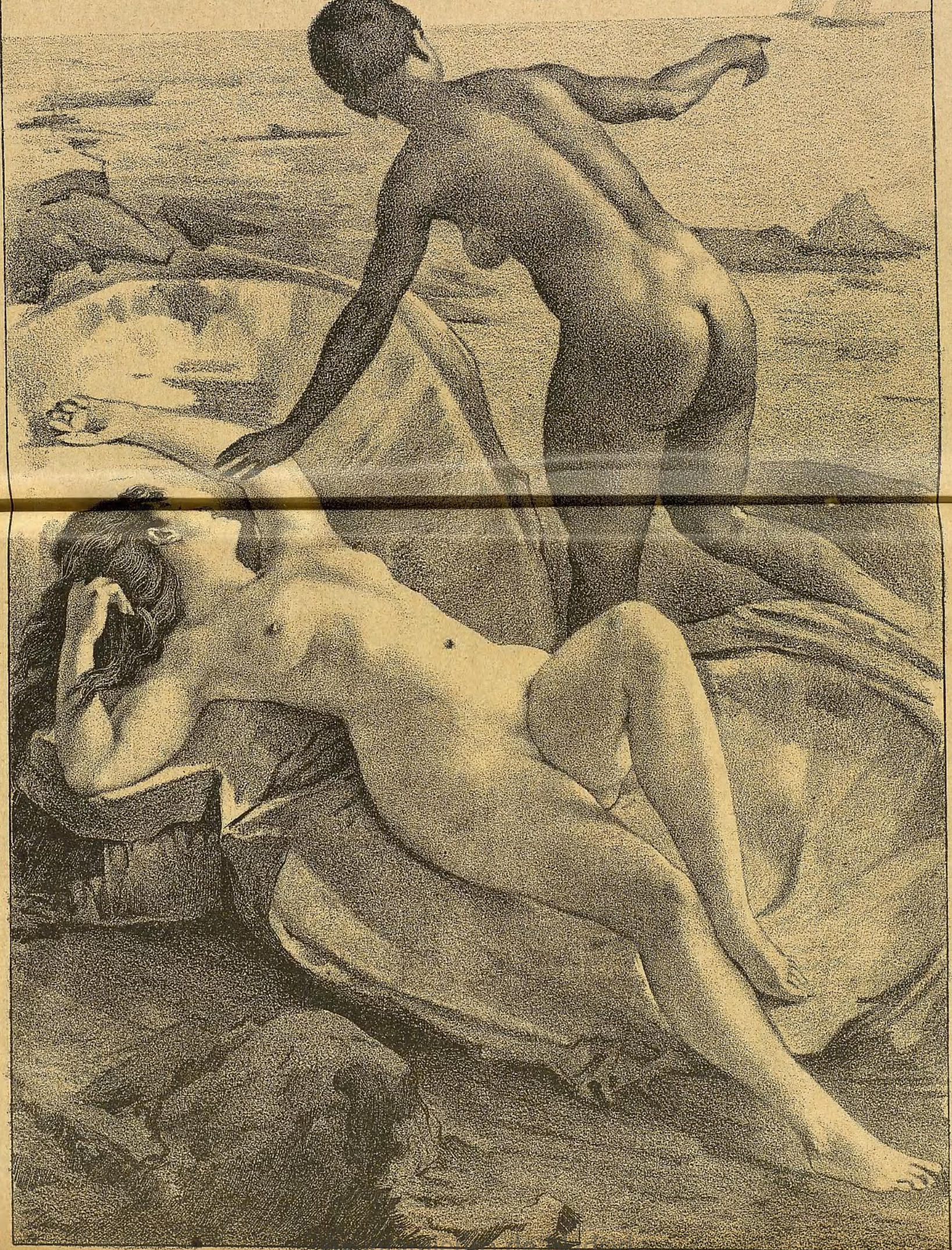
—¡Viva el músico mayor!...

Aquella interrupción, estemporánea y bravia, arrancó una carcajada en todo el teatro y produjo gran alboroto en la banda del paraíso donde Jeromiño estaba. Unos le creyeron borracho, otros loco, quién le llamó bestia, quien gritó: ¡á la cárcel!... Acudieron los acomodadores mandándole que desalojara su sitio; resistióse el muchacho con enérgicos ademanes; vinieron los guardias atropellando á la gente; el rapaz insistió en quedarse; y á la fuerza, á empujones, casi á arrastras, lo sacaron al pasillo, y, como reo de desacato á las autoridades, fué á dar con sus huesos á la prevención, cayendo así de golpe en el polvo de la realidad desde las alturas de su delirio.

Y escarmentado por el desastre, el domingo siguiente... en que le tocaba salir de paseo, no se acordó para nada de la Fuente de la Teja, y aunque escapándosele un suspiro, sisó una pesetilla en los diez duros de ahorro que guardaba en el rinconcejo más ignorado del baul, y se fué, loco de alegría, á la función de tarde de la Zarzuela.

ALFONSO PEREZ NIEVA.





EL HOMBRE Y EL BRUTO.

Sin temor á que le afee tal escasez de modestia, el sér humano se cree muy superior á la bestia y somete al animal á la esclavitud más dura, y él sostiene muy formal que es el rey de la Natura.

Como nadie ha protestado contra la idea adoptada, nadie á averiguar se ha echado si ella es ó no equivocada y de que no son iguales enemos la convicción, al hombre los animales que carecen de razón.

Todos diran, por supuesto, que soy un estrafulario si voy y les manifesto que yo creo lo contrario; pero como no me importa que alguien me crea un orate y á la larga ó á la corta nada implica un disparate, ni me espanto ni me inmuto al afirmar en resumen que el hombre es mucho más bruto de lo que todos presumen.

La bestia no raciocina, ni estudia, ni reflexiona, ni se hace cargo, ni opina lo mismo que una persona; y el hombre tiene una rara facultad, dicha conciencia, y una inteligencia clara .. cuando tiene inteligencia.

Pero el hombre, muchas veces, con frecuencia que ya aburre, incurre en estupideces en que el bruto nunca incurre. De los humanos, según ciertos datos con que cuento, se *chiflan* por lo común

el noventa y seis por ciento.

Á uno le dá por el arte, al otro por la elocuencia; á éste no hay Dios que le aparte del camino de la ciencia; á aquel le gusta abusar de los que se dán á bobos, y el otro quiere inventar la dirección de los globos. A Fulano pelearse le agrada con la señora, y á don Zutano rascarse la coronilla á deshora; y Periquito en las luchas parlamentarias se mete, y Juan cena siempre truchas, y Luis toca el clarinete. En adornar su figura Paquín gasta su destreza, y hace que su compostura se considere simpleza. En suma: que está probado que en esta tierra maldita, el hombre nace *silbado*, como cualquier piececita.

Bueno; pues sospecho yo, y mi sospecha no miente, que los animales no se chiflan tan facilmente; y ocurre que el animal, en medio de su idiotismo, se gobierna siempre igual, y siempre vive lo mismo, y desde la hormiga al buey, desde la mosca al león jamás infringen la ley que rige á la creación.

Mas los hombres, que los reyes se creen de ella, violar procuran todas las leyes dictadas y por dictar. ¡El hombre que su saber de tal manera hoy alarga

tiene mucho que aprender de cualquier bestia de carga! Es más; entre los humanos arraigan sin obstrucciones esos gérmenes insanos que se titulan pasiones, y que envuelven cuanto tocan en la infamia, que es su fruto, hasta que al hombre colocan muy por debajo del bruto.

Los hombres peor que fieras obran de ordinario,—con variaciones muy ligeras y alguna que otra excepción.—Son comunmente egoistas, y atrevidos y ambiciosos, y son falsos y sofistas y traidores y envidiosos.

Ellos, que los más perfectos seres se han dado en decir, reúnen cuantos defectos es posible reunir.

—Y conste, lectoras bellas, que ellos so'os son citados, porque ellos al lado de ellas resultarían honrados.—De piedad sin un asomo, vas, lector, á comparar, juzgándole tal y como te le acabo de pintar, al hombre,—que al colmo anhela llegar de la perfección,—con cualquiera bestiezuela desprovista de razón. En el proceder repara del hombre, por un momento, y su perversión compara con la honradez del jumento, y dínos, á la verdad sometiendo la inmodestia, dónde hay más bestialidad, si en el hombre ó en la bestia.

FERNANDO SEGURA.

A UN TUERTO

No te quejes, Casimiro, no te quejes de ser tuerto, que para ver lo que pasa aun te sobra miramiento. Feliz tú mil y mil veces, que del mundo el desconcierto, á guisa de ciclorama, miras por un agujero.

Si nacer es darse á luz, aún te encuentras tú naciendo, pues si bien á luz te has dado, no te has dado por completo. *In meatus consistit virtus*, dice el latino proverbio, y pues de todas las cosas

hallas el término medio, nadie cuál tú, Casimiro, de la virtud es modelo. Vives entre sol y sombra, entre veros y no veros, entre la noche y el día, entre nublado y sereno, y hasta el nombre *Casi-miro* dice tu mirar incierto.

Tú los agudos pesares nunca sientes por entero, que al llorarlos con un ojo. les divides por en medio.

Si por ser corto de vista necesitas espejuelos,

te basta con el monóculo que cuesta poco dinero.

Si tienes cerrado un ojo, llevas en cambio otro abierto, y aunque aquel muerto se halla, este vive satisfecho; y entre tus variados ojos está el gusto prisionero, que en la variedad está el gusto, como sabemos.

Un quinqué en tu faz ostentas pero de lo más completo, que si pantalla es un ojo, es el otro reverbero.

No tendrás nunca ambiopia,

ni un estravismo ligero,
ni varias otras dolencias
propias de órganos gemelos.

Si retratarte deseas
quedarás siempre contento,
pues obtendrás el retrato
á medida del deseo;
si con vista, por un lado;
por el contrario si ciego;
y si con vista y sin ella,
de frente y resultas tuerto:
y podrás luego decir
parodiando el gran misterio:
«Aquestos tres personajes
de tan diferente aspecto,
son tres personas distintas
y en verdad un solo tuerto.»

Todos miramos torcido,
solo tú miras derecho,
y el cazador más famoso
no hará, no, blancos soberbios,
si no apunta y no dispara
como si estuviera tuerto.

Tú de los seres creados
eres el sér mas perfecto
y el mas semejante á Dios,
que nada tiene supérfluo;

y que Dios es como tú
te lo probaré al momento:
¿Qué quiere decir, sinó,
«el ojo del Padre Eterno»
y «ojo de la Providencia»
sinó que Dios está tuerto?

Tienes colocado el ojo
aún mejor que Polifemo,
pues á llevarlo en la frente
cegaríate el sombrero.

Cuando quieres acostarte,
te duermes en un momento,
pues siempre vas á la cama
entre dormido y despierto.

Si rey quieres ser un día,
se cumplirá tu deseo
tan solo conque te vayas
á la tierra de los ciegos;
y no habrá, no, en todo el mundo,
otro reino cual tu reino,
que tan ciegamente acate
las leyes y los decretos.

Lo que no debes hacer,
si encuentras un cuerpo bueno,
es echarle nunca el ojo
si no quieres quedar ciego.

No creas que está reñida

tu falta con el talento,
pues que tienes en Gambetta,
en Breton de los Herreros,
en Camoens y en Taboada
muertos y vivos ejemplos
de lo mucho que han valido
y valen algunos tuertos;
y nada digo de Milton,
ni del inmortal Homero,
que discurrían tan claro
á pesar de ser tan ciegos.

La dicha que tú disfrutas
por haber nacido tuerto,
es imposible adquirirla
con los tesoros de Crespo;
que ese placer soberano,
ese gozo tan inmenso,
cuesta un ojo de la cara,
y no hay quien rebaje el precio.

No te quejes, Casimiro,
no te quejes de ser tuerto,
que tienes grandes ventajas
hasta el último momento:
para morir, los dos ojos
que cerrar todos tenemos,
con la mitad del trabajo
tú cierras uno, y *laus deo*.

MANUEL MILLÁS.

¡PLANCHA! POR PONS.

TAL PARA CUAL

SONETO

Yo quise en alas de mi amor inmenso
remontarte conmigo al infinito,
sin pensar que tu pecho de granito
sólo á lo bajo y ruin era propenso.

En vergonzoso y rápido descenso,
sin escuchar de tu conciencia el grito,
te lanzaste á un amor torpe y maldito
cegada por el humo del incienso.

Eres más desgraciada que culpable,
y no habrá fuerza humana que destruya
los planes de tu instinto abominable.

Es tú sino: no temas que te arguya.
¡Necesitas un alma miserable
que se arriastre en el fango de la tuya!

FRANCISCO CAPELLA.



—¿Ve usted aquella? Es Aurora,
chica alegre... aunque casada:
¡le tengo yo dado cada
pillizquito á esa señora!



—Pero ¿y su marido? —¡Oh!
Es un mandria, es un jumento.
—¿Sí? Pues mire usted, lo siento,
¡porque el marido soy yo!

UNO DE TANTOS

SONETO

Presume de talento, y es un necio
que ni piensa, ni ve, ni sabe nada:
abortó una novela, y fué editada,
y hoy tan sólo su autor sabe su precio.

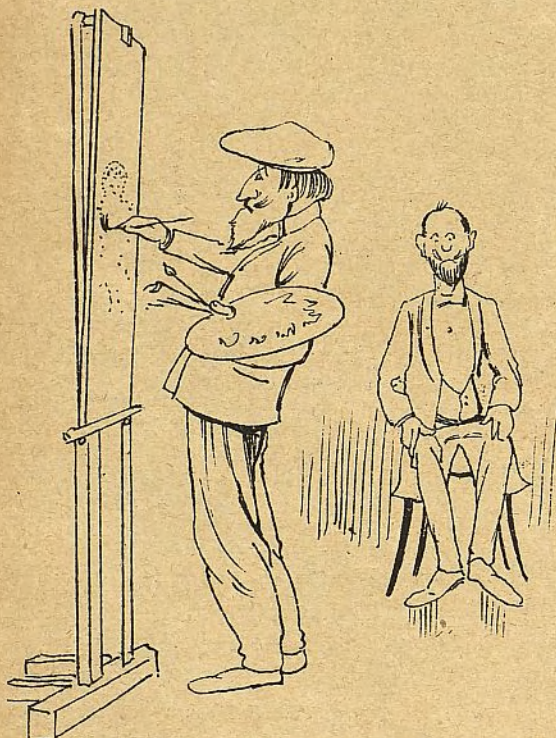
Buscando en otros sitios más aprecio,
escribió una comedia desdichada,
que no pudo alcanzar una palmada
y se hundió en los abismos del desprecio.

¿Creeis que esta repulsa merecida
le hace en silencio devorar su pena?
Pues aún escribe más. Ahora condena
toda obra por la fama enaltecida,
y viendo que su gloria está perdida,
se dedica á morder la gloria ajena.

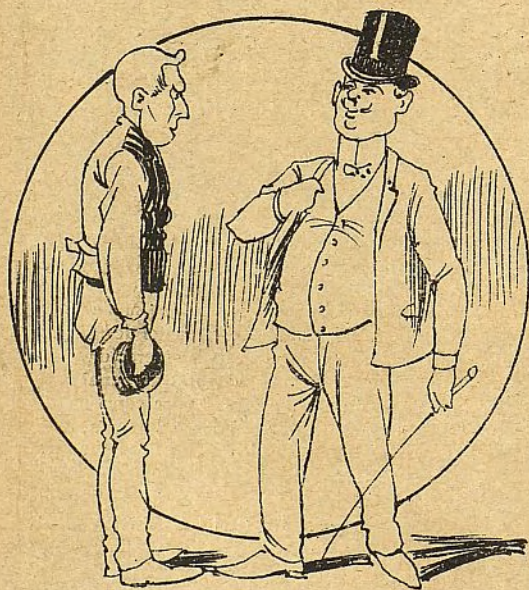
JOAQUIN DICENTA.



CABOS SUELTOS, POR PONS..



—No se me conocerá que tengo la voz tomada ¿verdad, usted?



—Hace media hora te dije que ensillaras. Han pasado más de treinta minutos y aún estoy sin ensillar.

UN OTELO A LA MODERNA

Traducido expresamente para LA SEMANA CÓMICA.

El iracundo esposo, mordiéndose los labios y apretando los puños, media á grandes pasos el gabinete y consultaba á cada momento su reloj de bolsillo. De cuando en cuando, asomábase al balcón, dirigía una mirada escudriñadora á la desierta y mal alumbrada calle y exclamaba con voz sorda:

—¡Nada!... no viene... ¿En dónde estará?... ¡Esto no puede continuar así!

Cuando el reloj señaló las once, oyóse el ruido de un carruaje... El esposo se asomó por centésima vez á tiempo que se detenía el vehículo y que saltaba á tierra presurosa una mujer de esbelto talle, de movimientos graciosísimos. Alguien que iba dentro del coche sacó el brazo para cerrar la portezuela.

—¡Vive Dios!... murmuró el dueño de aquella beldad, retirándose del balcón bruscamente.

La esposa entró con el aire más tranquilo del mundo y, sin dignarse mirar al que con tanta impaciencia la aguardaba, hizo esta pregunta:

—¿Cómo te has retirado tan pronto del café?

—Creo que me puedo retirar del café cuando me dé la gana—respondió él con dureza.

Ella, al oír el tono de la contestación, pareció sorprenderse y miró á su marido con curiosidad.

—¿Has perdido?—exclamó con acento irónico.

—He perdido... la paciencia esperándote.

Ella lanzó una carcajada; él continuó hablando con creciente ira.

—A las nueve y media tuve que suspender mi partida de billar para venir en busca de dinero...

—No me extraña; eso te ocurre muchas veces...

—Llego á casa y no encuentro á nadie... La señora y la doncella se habían marchado..

—Bien y qué?... Observo con disgusto que esta noche estás algo inconveniente.

—Teodorina... ¡escúchame!

—Te escucharía si no tuviera tanto sueño... Mañana me dirás lo que tengas que decirme...

—¡Buenas noches!

—¡No... si no te irás!

—¿Qué significa esto?—exclamó Teodorina dirigiendo á su cónyuge una mirada de asombro. ¿Es que tratas de dar un escándalo?

—Tal vez... Hay situaciones que deben abordarse de frente.

—Tú no estás bien de la cabeza, Beltrán... Vale más que te acuestes.

—Teodorina... ni tus aparente tranquilidad ni tus burlas han de impedirme cumplir con mi deber. Has venido á casa á las once de la noche.

—No digo que no.

—Y en un coche de punto.

—Venir en coche es mucho más cómodo que venir á pie.

—Alguien te acompañaba.

—He ahí una cosa que no sabrías si no me hubieses expiado.

LOGRAR SU EMPEÑO, POR LAGO



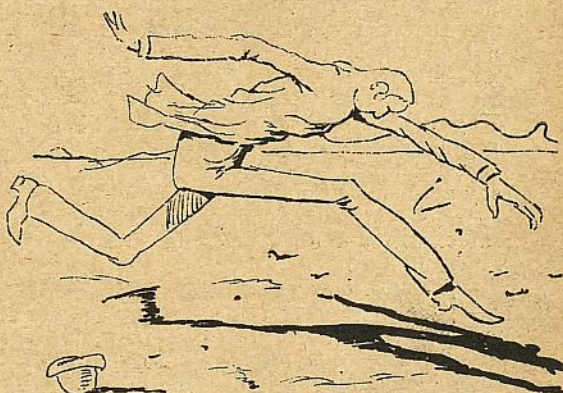
Por fuerza Nicomedes estaba borracho. ¡Pues no se había obstinado el muy tonto en dar alcance á su propia sombra!



Intento inútil, porque cuanto más avanzaba él, ¡naturalmentel más avauzaba la sombra.



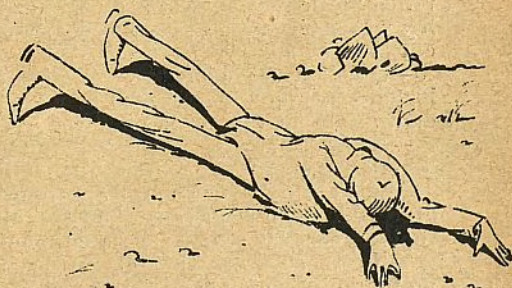
Viendo que al paso no puede conseguir su objeto, emprende el trote;



7 no dándole éste resultado, emprende el galope;



hasta que, tropezando en su vertiginosa carrera con un montón de piedras



alcanza de lleno y en mitad del camino el objeto de sus ansias.

—¿Quién te acompañaba?
 —Mi tía Ramona.
 —Pues si era de tu tía la mano que cerró la portezuela, hay que confesar que la pobre señora tiene una mano bastante deforme.
 —¡Beltran, no te burles de mi tía!
 —¡Qué tía, ni qué niño muerto! Las tías no llevan galones dorados en las bocamangas.
 —De modo que crees...
 —De modo que creo que el que te acompañaba era un militar.
 —Está bien: no pienso tomarme el trabajo de discutir tus presunciones. Sigo creyendo que estás mal de la cabeza y que necesitas descansar.
 —Lo que necesito es darte á comprender que está muy mal hecho lo que haces.
 —¿Nada más?
 —Y que no me hallo dispuesto á seguir tolerando tu extraña conducta.
 Teodorina volvió á soltar la carcajada.
 —Escucha—prosiguió el esposo, dulcificando un poco la voz—cuando me casé contigo eras huérfana y pobre.
 —Efectivamente; pero mi belleza y mi juventud constituían, y constituyen, un capital nada despreciable.
 —Dejemos eso á un lado. Desde el día de nuestra boda he sido para tí el más cariñoso de los maridos.
 —El más cariñoso, no: el más complaciente. Hay alguna diferencia entre lo primero y lo segundo.
 —Bueno; pero no te atreverás á negar que soy acreedor á todo tu agradecimiento.
 —Yo también soy acreedora á una consideración de la que parece que prescindes esta noche en absoluto.
 —¡Teodorina!
 —¡Qué!... ¿Persistes en la idea de que tengamos una cuestión ruidosa? Pues la tendremos.
 —Tuya será la culpa, puesto que yo hago todo lo posible para contenerme... no tanto por tí como por nuestros hijos...
 —¡Por nuestros hijos! ¡Oh, que buen padre!
 —Tenemos tres hijos, Teodorina, y les está reservado un porvenir muy triste si no te conduces como te debes de conducir.
 —No seas estúpido, hombre.
 —¿Yo estúpido? .. ¡Cuidado!
 —¿Cuidado de quién?
 —De mí. La paciencia humana tiene sus límites ¿entiendes?... Y yo soy tu marido; y la ley y la sociedad me reconocen algunos derechos.
 —Quisiera ver cómo te atreverías á ejercer los derechos que te conceden la ley y la sociedad... Esto me divertiría un poco.
 —¿De veras?
 —De veras.
 Se miraron los dos con ira reconcentrada; él cerró los puños y avanzó un paso; ella cogió rápidamente las tenazas de la chimenea.
 —No temas—exclamó él retrocediendo;—no tengo intención de maltratarte.
 —Me alegro... por tí—replicó ella dejando el arma defensiva.—Márchate á tu cuarto y no me irrites más de lo que estoy.
 —Bueno, pero te advierto...

—Dispensa, Beltran; yo soy la que tengo que advertirte que no toleraré en lo sucesivo ridiculeces del género de las de esta noche. ¡Pues, hombre! ¡cualquiera diría que ocurre algo extraordinario por haberme ido á paseo hasta las once!..

—Si, Teodorina; ocurre algo extraordinario; algo que puede ser muy perjudicial para tí... y para mí. Si tu apreciabas las cosas en su verdadero valor...

—Pero ¿qué hay? ¿quieres hacer el favor de explicarte?

—Con mucho gusto. A las nueve y media tuve que suspender mi partida de billar para venir en busca de dinero.

—Ya me lo has dicho antes.

—Es posible... pero no he llegado á decirte que cinco minutos después de haber entrado, llamaban á la puerta...

—¿Y qué?

—¿Y qué? Pues que entró el marqués y preguntó por tí; y, al saber que no estabas, se puso hecho una fiera, y dijo que si seguías obrando de ese modo, no volvería á poner los pies en esta casa... Y es capaz de no volver. ¡Con que ya ves si tengo motivos para reprocharte tu conducta!

PIERRE VERÓN.

A LA PUERTA DEL TEATRO.—Los revendedores, por Cilla.



—Caballero ¿quiere Vd. algo para Cadis?
 —Nada: buen viaje... y expresiones.

En este mundo traidor
nada es verdad ni es mentira;
todo es según el color
del cristal con que se mira.

✽

Por un error de caja, apareció como firmanste de la Revista del baile del Círculo Artístico, que publicamos en el número pasado, nuestro amigo Pepe Cuchy, autor de los *monos* que la ilustran, pero no del texto, que pertenece a la redacción.

Conste así.

Precio: 1 peseta.

Y en que lo encontrase la policía

¡Ahí estaría la guasa!

✱

«Viendo un entierro el caribe
de un centinela inexperto,
dijo gritando: «¿Quién vive?»
y contestaron: ¡Un muerto!

Por lo visto el señor Cuella no des-cuella por su ilustración.

Porque á estas horas, hasta los niños de teta saben

Que, por lo visto, plagió al señor Cuella... con muchísimos años de anticipación.

一六

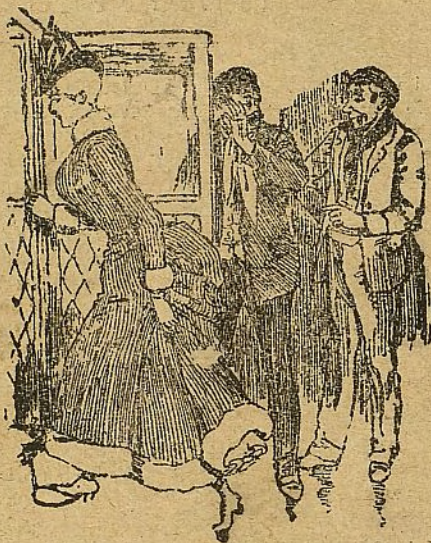
¡La empresa del Eldorado!

Imp. de Calzada, Arco del Teatro, 9, pasaje.

A collection of various illustrations on a textured, aged paper background. At the top left, four stylized, 3D block letters 'U' are arranged in a row. Below them are two identical figures of a man in a turban and robe, one standing and one lying on his back. To the right is a large, stylized letter 'D'. In the bottom left, the letters 'SU' are next to a vertical ruler with a crossbar, followed by the letters 'EL'. To the right of the ruler is a figure of a woman in a long dress holding a child. At the bottom right, the letters 'LNTD' are next to a figure of a man in a suit bending over a small object.

(La solución en el número próximo.)

Ayuntamiento de Madrid



—Mira, mira qué viajera:
¡qué garbosa y retrechera!
Di: ¿qué te parece, Andrés?
—Pues me parece que es
como el vagón: ¡de primera!

* ANUNCIOS *

AGENTE DE
LA SEMANA COMICA
EN BARCELONA
—D. JUAN TASSO—
Kiosco de la Rambla, frente á la calle Hospital

AGENTE DE
LA SEMANA COMICA
EN MADRID
D. JULIAN RODRIGUEZ
Tesoro, 5, bajo.

AGENTE DE
LA SEMANA COMICA
EN VALENCIA
D. Julián Peris Mencheta
Calle de Entenza, núm. 40

AGENTE DE
LA SEMANA COMICA
EN SEVILLA
D. JOAQUIN NADAL
Encarnación, 4

AGENTE DE
LA SEMANA COMICA
en la República Mexicana
D. RAFAEL B. ORTEGA
Primera de Sto. Domingo, 12
MÉXICO

AGENTE DE
LA SEMANA COMICA
en la Isla de Cuba
Sra. Vda. de Pozo é Hijo
Obispo. 55 — HABANA

AGENTE DE
LA SEMANA COMICA
EN GUATEMALA
D. ANTONIO PARTEGÁS
Octava Avenida Sur. Almacén

AGENTE DE
LA SEMANA COMICA
EN CARACAS
D. Antonio S. de Bethencourt
Calle del Sur, 4

AGENTE DE
LA SEMANA COMICA
EN VALLADOLID
D. CELESTINO GONZALEZ
Kiosco de la Plaza, frente al Gran Bazar

AGENTE DE
LA SEMANA COMICA
EN PARIS
Madame Lemaitre
Kiosque 34.—Boulevard des Italiens

AGENTE DE
LA SEMANA COMICA
EN BURDEOS
Mr. Marcelin Lacoste
Place de la Comédie, 3

LA SEMANA COMICA
Periódico literario, festivo, ilustrado
Colaboran en él los mejores literatos y los más
celebrados dibujantes

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
Barcelona. Trimestre. 1'50 ptas.
Fuera. Semestre. 5
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Vertrallans, 3. 1.º—Barcelona
Despacho todos los días laborables de 2 á 4 tarde